

ANTONIO RODRIGUEZ DEL BUSTO

Una consagración sin descanso al estudio desde su juventud hasta las últimas horas de su larga y fecunda existencia; una mentalidad superior dotada de facultades múltiples y brillantes y una refinada cultura, perfilaron, con su ingénita modestia y habitual bondad, la persona inconfundible de ese gran señor, nacido en 1848 en Ribadeo para gloria de su pueblo y lustre de su patria.

Allí inició sus estudios en las Escuelas de Náutica y Comercio y en El Ferrol después para ingresar en la Armada de Guerra, habiendo estado también bajo la dirección del eximio ingeniero francés Alexandre Le Laboureur.

Vino al país, joven y animoso, y como por entonces estallara la guerra del Paraguay, por ese algo de aventurero que todos llevamos dentro, según él decía, fué al lugar de la contienda acompañando a algunos jefes argentinos en la cruenta campaña. Una vez terminada y de regreso en la República, se instaló en Córdoba, donde poco después contrajo enlace con doña Jerónima Escuti, matrona de excelsas virtudes y de alta distinción social, quien, con delicada generosidad ha rendido a la memoria de su preclaro esposo, el mejor homenaje que podría hacerle, donando a la Universidad su valiosa biblioteca, donde su espíritu superior continuará viviendo para siempre en el recinto que su predilección hubiera elegido ciertamente.

Aquí, entre nosotros, pasó su vida Rodríguez del Busto, su vida de intensa labor, siempre apacible, y en la intimidad de sus libros corrieron las horas más nobles de sus días. Su casa, sencilla y austera como sus costumbres, fué el centro preferido de los intelectuales de más ponderación. José Cortés Funes, Justino César, Vi-

cente López Cabanillas, Carlos Romagosa, Julio Astrada, Osvaldo Vélez, Angel F. Avalos, Julio Lezana y tantos otros que animaron con su ingenio aquellas conversaciones inolvidables.

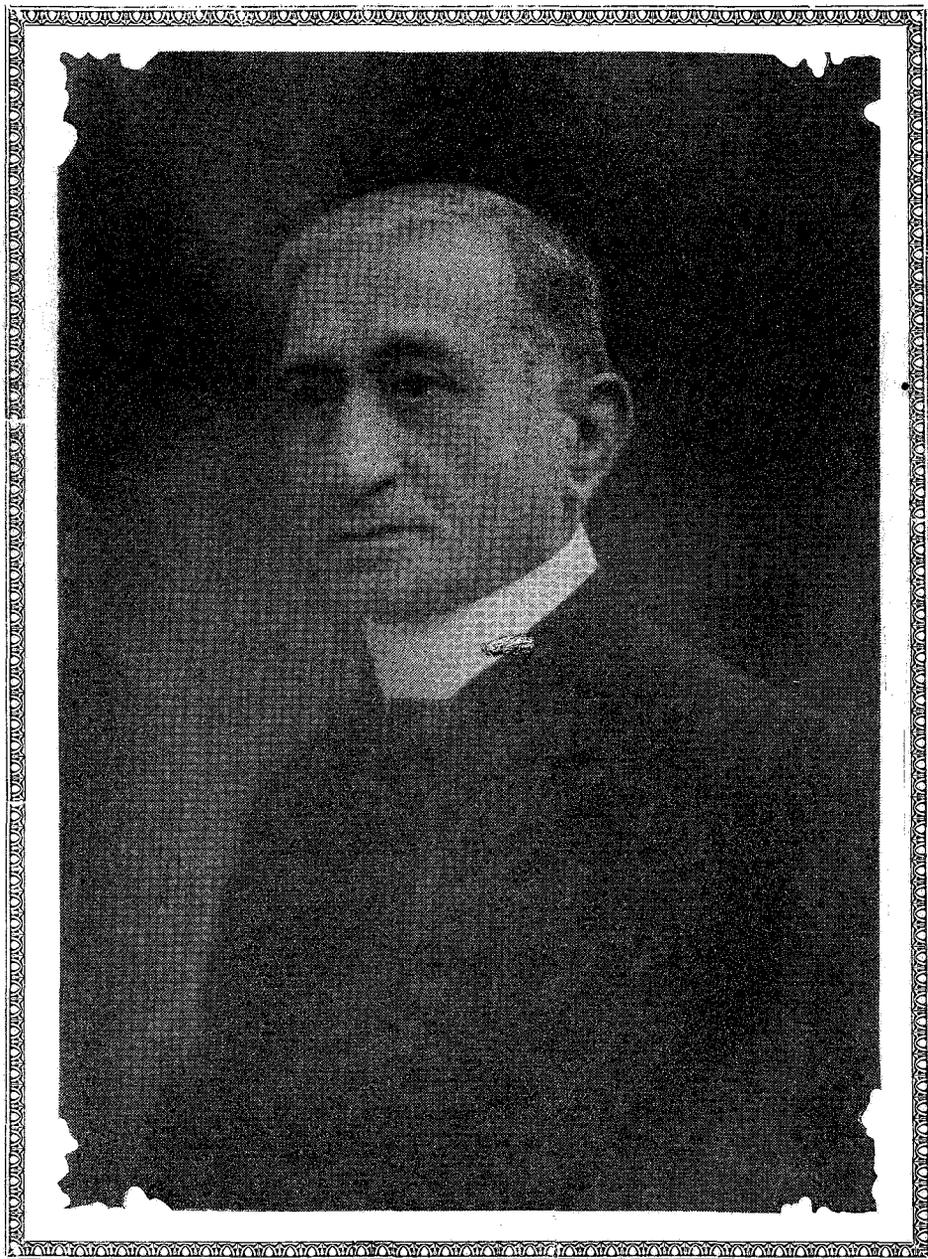
Políticos, profesores y literatos sabían que allí tenían a diario un solaz espiritual, que era para este eminente hombre de ciencia, un paréntesis amable a sus graves preocupaciones.

Espíritu investigador por excelencia, escritor galano y de gran información científica y extremada probidad, unido a una vasta ilustración general, sus estudios son minuciosos y completos agotando el tema casi siempre. Fué autor de muchas obras que incorporaron su nombre definitivamente entre los pensadores de valer positivo, no sólo en el país sino también fuera de él, habiendo merecido el elogio más caluroso de la prensa americana, su proyecto de canal interoceánico para unir el Atlántico con el Pacífico, desde Comodoro Rivadavia al Golfo de Penas, y la aprobación unánime del Congreso Internacional de Ingeniería reunido en Río de Janeiro en 1922, ante cuya conferencia presentara su notable trabajo.

Pueden mencionarse igualmente las memorias leídas en el Congreso Científico Latinoamericano celebrado en Montevideo en 1900, sobre “El Gobierno dual de Argentina y su origen”, y “América del Sur”, “Altitudes y Colonización” en el Congreso Americano reunido en Buenos Aires en 1910.

Además de esos importantes trabajos merecen recordarse, entre otras, las siguientes obras: “Peligros Americanos”, crítica de ciencia política para contrarrestar las tendencias del libro de Burgess, “Autonomías Municipales” escrito para el Uruguay, “Fray Fernando Trejo”, “El Dique San Roque”, “El Rey don Pelayo y el Fuero de Sobrarbe”, “Apuntes para la historia de la legislación”, “Cuestiones Argentinas”, “Origen y desenvolvimiento de la especie humana”, “Color y lenguaje”, “El alma”, “Orios” y un sinnúmero de escritos y conferencias.

Las actividades de ese trabajador insigne no sólo se dirigieron a la especulación científica únicamente, sino que a la vez actuó en política y en el periodismo desde cuyas columnas sostuvo polémicas ardientes. Fué director del “Eco de Córdoba”, “El Progreso”, “El Interior” y de la Revista “El Jaspe” y de otra que llevaba por título su seudónimo literario “El Moro Tarfe”. Colaboró en “El Nacional”, en “La República”, en “La Tribuna”, etc.,



SR. ANTONIO RODRÍGUEZ DEL BUSTO

ante López Cabañas, Carlos Romagosa, Julio Astrada, Osvaldo Vélez, Angel F. Avalos, Julio Lezana y tantos otros que animaron con su ingenio aquellas conversaciones inolvidables.

Políticos, profesores y literatos sabían que allí tenían a diario un solaz espiritual, que era para este eminente hombre de ciencia, un paréntesis amable a sus graves preocupaciones.

Espíritu investigador por excelencia, escritor galano y de gran información científica y extremada probidad, unido a una vasta ilustración general, sus estudios son minuciosos y completos agotando el tema casi siempre. Fué autor de muchas obras que incorporaron su nombre definitivamente entre los pensadores de valer positivo, no sólo en el país sino también fuera de él, habiendo merecido el elogio más caluroso de la prensa americana, su proyecto de canal interoceánico para unir el Atlántico con el Pacífico, desde Comodoro Rivadavia al Golfo de Penas, y la aprobación unánime del Congreso Internacional de Ingeniería reunido en Río de Janeiro en 1922, ante cuya conferencia presentara su notable trabajo.

Pueden mencionarse igualmente las memorias leídas en el Congreso Científico Latinoamericano celebrado en Montevideo en 1900, sobre "El Gobierno dual de Argentina y su origen", y "América del Sur", "Altitudes y Colonización" en el Congreso Americano reunido en Buenos Aires en 1910.

Además de esos importantes trabajos merecen recordarse, entre otras, las siguientes obras: "Peligros Americanos", crítica de ciencia política para contrarrestar las tendencias del libro de Burgess, "Autonomías Municipales" escrito para el Uruguay, "Fray Fernando Trejo", "El Dique San Roque", "El Rey don Pelayo y el Fuero de Sobrarbe", "Apuntes para la historia de la legislación", "Cuestiones Argentinas", "Origen y desenvolvimiento de la especie humana", "Color y lenguaje", "El alma", "Orios" y un sinnúmero de escritos y conferencias.

Las actividades de ese trabajador insigne no sólo se dirigieron a la especulación científica únicamente, sino que a la vez actuó en política y en el periodismo desde cuyas columnas sostuvo polémicas ardientes. Fué director del "Eco de Córdoba", "El Progreso", "El Interior" y de la Revista "El Jaspe" y de otra que llevaba por título su seudónimo literario "El Moro Tarfe". Colaboró en "El Nacional", en "La República", en "La Tribuna", etc.,



SR. ANTONIO RODRÍGUEZ DEL BUSTO

1